

AÑO VIII.—N.º 9 Y 10.—SEPTRE. DE 1926

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA

ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

DIRECTOR :

TOMAS CADAVID RESTREPO

Agente General:

CARLOS A. MOLINA

Secretario de la Corporación.

CONTENIDO

	Págs.
Un soneto inmortal, <i>Tomás Cadavid Restrepo</i>	273
Apuntes y comentarios, <i>José D. Monsalve</i>	277
25 años a través del Estado de Antioquia, <i>Estanislao Gómez Barrientos</i>	293
San Pedro Alejandrino, <i>Tulio Samper y Grau</i>	323
Cantón de Marinilla o la Provincia de Oriente, <i>Ulpiano Ramírez Urrea</i> . Pbro.....	329
Apostillas, <i>Eduardo Posada</i>	337
Algunas noticias acerca de D. Andrés María Marroquín, <i>Bernardo Mejía Escobar</i>	339
Abriaquí, <i>Juan de la C. Congote</i>	344
Oración Fúnebre, pronunciada por el Sr. Pbro. Antonio M ^º Gutiérrez, en las solemnes exequias celebradas en la Iglesia parroquial de Medellín, el 21 de febrero de 1831, en honor del Libertador Simón Bolívar.....	349
Notas, <i>T. C. R.</i>	353

IMPRENTA OFICIAL. MEDELLÍN

Director, *Ricardo Jaramillo R.*

Repertorio Histórico.

ORGANO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Director, **TOMAS CADAVID RESTREPO**

Presidente de la Academia.

AGENTE: CARLOS A. MOLINA, SECRETARIO DE LA ACADEMIA

AÑO 8º || MEDELLÍN, SEPT. DE 1926. || Ns. 9 Y 10

UN SONETO INMORTAL

El Coronel José María Tello Salas nació en la ciudad de Neiva en el año de 1788.

Los historiadores de la Guerra Magna hacen grandes elogios del valor y constancia de este adalid de la libertad.

Podemos resumir la hoja de servicios del Coronel Tello de la siguiente manera, siguiendo a los distinguidos escritores José María Baraya y Vergara y Scarpetta:

Entró el hijo de Neiva en el servicio militar a principios del año de 1815; en mayo fué ascendido a subteniente; en 1821 fué honrado con el título de teniente; en 1823 fué hecho capitán; en 1828 sargento mayor, teniente coronel en 1829, y, por último, en 1831 lo ascendieron a Coronel graduado.

Tello fué de los heroicos defensores de la Angostura del Carare; hecho prisionero por los españoles, se le condenó a permanecer en el presidio de Bogotá; poco después se le obligó a servir de soldado en el batallón Numancia; conspiró y luchó por que dicho Cuerpo se pasara, como sucedió en diciembre de 1820, al ejército patriota; hizo la campaña de la Sierra del Perú a órdenes del General Arenales en 1821; en el mismo año militó con San Martín en la campaña de las inmediaciones de Lima; estuvo en el sitio inmortal que sufrieron los republicanos en el Callao; fué de los gloriosos vencidos en Chancay, immortalizados por la gallarda pluma del Coronel Manuel Antonio López y justamente galardonados

con la hermosa medalla que les decretó el Libertador de Argentina y Chile. Peleó Tello en Junín y en Ayacucho, y, finalmente, acompañó al Gran Mariscal en la campaña del Alto Perú hasta la conclusión definitiva de la guerra.

América toda deliraba de entusiasmo en presencia de sus libertadores; las ciudades abrían sus puertas a los héroes que habían ido desde el Caribe hasta el Potosí libertando esclavos, derrocando tronos y creando naciones; aquello mejor era para visto y sentido que para narrado.

La blasonada Chuquisaca recibió a Sucre y a sus compañeros de una manera espléndida; a porfía sus habitantes y corporaciones arrojaban coronas polieromas a los pies de los egregios vencedores en mil batallas.

En uno de los muchos banquetes con que obsequiaron al magnánimo cumanés y a sus ilustres compañeros, el Presidente del Tribunal hizo, al dirigirse a Sucre, una alusión tan oportuna como delicada a la batalla de Ayacucho. Entonces el Gran Mariscal contestó con aquella elocuencia sencilla, tierna y suave con que adornaba sus peroraciones. Al terminar dijo:

“Habéis recordado el campo de Ayacucho; cierto que aquel campo será siempre de grato recuerdo al patriotismo americano, porque allí se vió bajar a la Victoria, a coronar a los hijos de la gloria”.

“A un banquete de los muchos que hubo en esas fiestas, cuenta Luis Capella Toledo, quien nos sirve de guía en esta parte de la narración, asistieron, entre otros, el nunca bien lamentado Teniente Coronel Rafael Cuervo y el Capitán José María Tello. A los postres, después de haber brindado el Gran Mariscal, el General Córdoba y algunos otros Jefes superiores, tomó la palabra el Coronel Cuervo, y después de un brillante brindis, concluyó dándola al Capitán de Cazadores del batallón *Bogotá* de la Guardia. Cuando aquel Oficial se disponía para brindar, el Capitán Tello, amigo suyo, deseoso de ponerlo en algún apuro, exigió que el brindis fuera en verso, obligando a su camarada a improvisar una octava real. Este, en venganza jovial del apuro en que se le había puesto, pidió se concediera la palabra al Capitán Tello, y aplicándole la ley del talión, pidió igualmente que el brindis fuese en verso; mas, notando que Tello no se desconcertaba, y queriéndolo poner en mayores apuros, exigió que

aquél terminara su composición con las imágenes usadas por el Gran Mariscal, al concluir su discurso en contestación al Presidente del Tribunal Superior.

Tello se inmutó, palideció y estuvo por algunos instantes sobreogido y meditabundo; pero en seguida, como si se le hubiera animado el fuego de la trípode de una pitonisa, improvisó el siguiente soneto:

“El ronco parche con furor batido
Anuncia del combate la llegada;
El fusil, el cañón, lanza y espada,
La muerte esparcen con fatal sonido.

Todo es horror, lamento y alarido!
Sólo la voz de ¡muera! es escuchada;
Sobre la parda tierra ensangrentada
se mezcla el vencedor con el vencido.

Tal es el campo de Ayacucho, hermoso,
Testigo del esfuerzo americano;
El que a la vez valiente y generoso

Humilló la cerviz del fiero hispano:
*Allí se vió por fin a la Victoria
Coronando a los hijos de la gloria”.*

Con religioso silencio escucharon los invitados la inspirada improvisación; de los labios de un militar brotó un raudal de armonías que seguramente estaba como represado hacía tiempo en el fondo de una alma heroica; abejas rumorosas que habían enjambrado en la mente caldeada del excelso soldado, salían en ese momento solemne entonando un himno de triunfo de singular belleza; depuesta la espada vencedora, verdes, muy verdes los laureles cosechados en la épica gesta, brillante la frente juvenil con el halo de inmortalidad que toca a los defensores de la Patria, como que hubieran querido las musas, enamoradas de tanta gloria, venir a completar la corona cívica que la posteridad habría de otorgar al guerrero que no quiso nunca doblar la cerviz ante los crueles enemigos que quisieron que él mismo diera muerte infame a su padre el Coronel Manuel Tello. Así, en el banquete de Chuquisaca, Tello que ya estaba unguado como militar, re-

cibió la consagración como sacerdote de la Poesía. *Concedat laurea linguæ.*

El soneto que hemos copiado, por la viveza de las imágenes que lo adornan, por la factura nítida que lo distingue, por la fluidez y cadencia rítmica de los versos y por su fondo sugestivo y animado, es sin duda una obra de corte clásico, capaz de formar la reputación de un poeta.

Obra aislada, aparece sin antecedentes poéticos de su autor; no se sabe que después Tello hubiera cultivado las bellas letras, pero hay que convenir que esto sólo basta para que se le consagre como altísimo aedo, pues no es el número de las composiciones lo que acredita al artífice, sino la calidad de ellas. Además, las circunstancias de la ocasión contribuyen a dar a la producción un realce y un valor literario innegables.

El reto que él mismo había provocado; la alegría de la fiesta; el influjo de la presencia de hombres como Sucre, Córdoba, Cuervo y muchos más; las glorias conquistadas en 15 años de luchar incesante; el delirio embriagador que produjo en aquellas generaciones el advenimiento de la ansiada libertad, todo eso vendría a la mente del orador como una corriente magnética que llegó a despertar en su alma emociones vívidas y bellas; el poeta haría mentalmente el recuento de tantas proezas, de tantos dolores, y oiría resonar en sus oídos el eco de la corneta que le llamaba a la pelea o la diana que le anunciaba la victoria; todo aquello, concentrado en un espíritu de artista, estalló en aquella ocasión: fué un meteoro de diamantino e inusitado brillo; un cometa solitario en el cielo del arte, pero que dejó claridades que no se extinguirán jamás en la historia de las letras americanas.

Este soneto de Tello es algo como la oración con que el Cura de Pucará saludó al Libertador a su paso por esta población, escondida en un riñón de los Andes. Fué ése un poema en cuatro líneas, un milagro de condensación; un exponente ejemplar de la más alta oratoria. Eso y nada más; pero mientras la América viva; mientras la gloria del incomparable Bolívar alumbre con todo su fulgor el mundo de la libertad; mientras España y sus hijas, las Repúblicas de Hispano América existan y hablen el hermoso idioma de D. Alfonso el Sabio, de Fray Luis de León y de Cervantes, el recuerdo del humilde párroco

vivirá escrito en el alma de una raza que no olvida sus glorias, ni sus tradiciones.

Bastaría a Miguel Antonio Caro su Oda a *la Estatua del Libertador*, a Fallón su canto a la Luna, a Alvarez Henao la filigrana de uno de sus sonetos, para ser contados como poetas de encumbrado vuelo; así a Tello le es suficiente, para su honor literario, el soneto que improvisó en el banquete de Chuquisaca. Es que, como dice bellamente Rafael Pombo: "suelen los verdaderos vates sumar su lira en un acorde, destilar la esencia de su poesía en un verso, en una estrofa".

De ellos era el héroe de Chancay.

El coronel graduado José María Tello Salas murió en la ciudad donde había nacido, en el mes de septiembre de 1869. Una parálisis de la lengua lo atormentó por largos días. Hablando de esto exclamaba el General Piñeres: no podía ser de otro modo: el poeta que en el banquete de Chuquisaca improvisó el soneto a la batalla de Ayacucho, tenía que ser víctima de la envidiosa venganza del padre de las musas".

Así mueren los ungidos.....

Tomás Cadavid Restrepo

APUNTES Y COMENTARIOS

El Doctor Juan de Dios Morales.

El amor nunca extinguido y siempre entrañable que me vincula a mi terruño, a mi patria chica, me ha inspirado con frecuencia la idea de rescatar del olvido los nombres de aquellos antioqueños que por méritos positivos y figura procera merecen ser considerados como gloria y orgullo no sólo de la patria grande sino también del continente americano. Culpa voluntaria no ha sido la mía si no me ha sido posible cristalizar en hechos tal idea; pero he sentido gran placer al considerar que talentos más lúcidos y plumas mejor templadas y de estilo más fino y donairoso, han desempeñado tan gratísima tarea. D. Félix de Restrepo, D. Francisco Antonio Zea, y los que con éstos se igualaron y se hicieron coparticipes en los triunfos y acontecimientos inmortales, han sido bien exaltados por los cultivadores de nuestra historia.